

## ANEXO 1

### Testimonios de Migrantes Víctimas de Secuestro

Belén, Posada del Migrante, a través del trabajo sus organizaciones Frontera Con Justicia, A.C. y Humanidad Sin Fronteras, A.C., ha registrado alrededor de sesenta testimonios de personas víctimas de secuestro en su tránsito por México. A continuación se transcriben aquellos que más han apoyado en el entendimiento del fenómeno y de la terrible y sistemática violencia que sufren quienes se encuentran bajo tal condición.

#### 1

Mi nombre es Nancy, soy salvadoreña y estuve secuestrada del trece de abril al veintidós de junio. A mi me agarraron en Coatzacoalcos, Veracruz, cuando estaba en el supuesto albergue de una mujer a la que apodan “La Madre”, que se hace pasar por religiosa para que nosotros caigamos. Hasta ahí llegaron unas grandes trokas que eran como las que trasladan mudanza y nos agarraron a mi y a otros ochenta y tres compañeros más. Nos dijeron que nos cobrarían dos mil quinientos dólares, a pagar en Houston, Texas.

Nos llevaron hasta Reynosa, y ahí en el camino íbamos pasando retenes del Instituto Nacional de Migración y de la Policía Federal, que nos veían cómo íbamos y aún así no hacían nada, sino que sólo recogían un dinero que les daban para que guardaran silencio. Los secuestradores nos decían que nos fijáramos bien que ellos tenían pagado todo. Uno de los hombres empezó a molestarnos para abusar de nosotras las mujeres que ahí íbamos. Entonces, uno de nuestros compañeros se enojó e intentó defendernos, pero no pudo, porque a él también lo violaron y después lo mataron a golpes. Él cayó al suelo muerto, sobre mis pies, mientras nos decía a mi y a mis otras dos compañeras que por favor habláramos y dijéramos qué era lo que estaba pasando.

Rodeamos como quince minutos la carretera que va a Reynosa y antes de llegar a la casa de seguridad nos bajaron en un lugar donde rentan camiones de carga, porque decían que los Zetas nos iban a contar. Después, nos subieron a una pick up blanca y todos íbamos apilados en la paila. Llegamos a una casa muy grande que está enfrente de una cancha de futbol. En esa casa nos mantuvieron hasta que sucedió lo siguiente: había una mujer hondureña de nombre Sara, que estaba embarazada y que ya llevaba mucho tiempo secuestrada. Ella sólo me dijo que se llamaba así, y que tal vez iba a llegar un momento en el que se le olvidaría su nombre, por lo que me pidió que se lo recordara cuando esto sucediera. Y fue cierto, después de algunos días ella ya no recordaba su nombre y sólo llorando pasaba. Entonces, empezó a nacer el bebé, y nadie la ayudó, sino que al contrario, la golpearon para que dejara de quejarse. El bebé nació, pero la placenta nunca salió, así que al cabo de dos horas de que nadie la ayudara, ella murió ahí, desangrada. Al bebé se lo llevaron y no sé qué habrá pasado con él. Los secuestrados no hicieron nada con el cuerpo de Sara, sino que ahí lo dejaron, y nosotros teníamos que convivir con el cadáver, hasta que empezó a oler tan mal que los vecinos se dieron cuenta y avisaron al ejército que algo raro estaba pasando en esa casa. Supe que los de la migración le avisaron a los secuestradores y entonces, nos movieron para otro lado y dejaron el cuerpo de Sara ahí.

Después, sucedió que dos de mis compañeras quedaron libres porque pagaron el rescate, así que se fueron a entregar a la migración en Reynosa. Ahí le dijeron a los agentes lo que había pasado y entonces, ellos mismos las vendieron otra vez a los Zetas. Ellas llegaron a la casa y ahí las mataron y las pusieron a las dos como ofrenda a la Santa Muerte. Hicieron que todos pasáramos a hincarnos frente al altar con las dos mujeres muertas para pedirle perdón a la Santa Muerte.

Durante todo este tiempo, llegaban muchas veces tres hombres mexicanos, que eran los jefes, y buscaban a las mujeres que ahí estábamos para abusar de nosotras. A mi me violaron los tres muchas veces. También me propusieron trabajo. Me dijeron que fuera a El Salvador y trajera gente para ellos, que no me iba a pasar nada porque todo estaba arreglado. Primero les dije que sí, con la intención de que me soltaran y me fuera a

denunciar, pero después me dio mucho miedo y les dije que no. Entonces, tuve que esperar a que mi tía terminara de juntar el dinero para que me liberaran. Quince días después de que ella depositó la cantidad que le pedían, a mi me dejaron libre. Por cierto, el día de las elecciones, el cinco de julio, a muchos los sacaron a votar, les dieron una credencial de elector y les dijeron que votaran por un partido, que no me acuerdo cual era, pero que ganó las elecciones, porque todos se pusieron felices y hasta les hicieron una rebaja en el rescate a los que habían votado.

Nancy, salvadoreña, 24 años, soltera, 1 hija

## 2

En Chontalpa conocí a un hondureño, al que le apodaban “Repollo” y ahora le apodan “el Bolas”. Yo lo conocí con el apodo de “el Repollo” cuando él estaba en Tenosique, pero me dijo que las cosas allá están calientes para él, porque ya le estaban pisando los talones los del ejército y por eso lo enviaron a Chontalpa, donde se dedica a lo mismo, o sea, al secuestro de migrantes centroamericanos. Con él trabajan otros cuatro hondureños, pero son piedreros (adictos) y se conforman con que les pague sólo con pura droga. El Repollo se la pasa en la estación del tren hablando con los maquinistas y garroteros del tren; desde Candelaria hasta Coatzacoalcos los tiene comprados, les paga mil pesos por cada parada que les ordena que hagan y ahí aprovecha para secuestrar a los migrantes que vienen en el tren.

En Tenosique el jefe de los Zetas tiene una casa rentada detrás de la Estación Migratoria. Cuando él quiere entra a la Estación Migratoria, saca migrantes y se los lleva a su casa. Como los agentes del Instituto Nacional de Migración trabajan con él, entonces también intercambian gente: cuando los Zetas tienen balines (migrantes que no tiene forma de pagar el rescate) y la migración tiene migrantes que tienen familia en los Estados Unidos, se los intercambian.

Desde Chontalpa hasta Tenosique ellos controlan a la Migración. En Chontalpa, cuando la Migración hace retenes, no hace ningún registro de los migrantes que detiene. Llega gente que trabaja para los Zetas y les dice a los de Migración que les dejen revisar quiénes tienen familia que les ayude, y los que responden se los llevan; no importa que ya los tengan en el camión de la Migración. En una ocasión, en un retén, me tocó ver que uno de los que trabajan para los Zetas vio que venía la Migración y corrió igual que los migrantes. Un agente del INM lo siguió, él era joven y fácilmente lo alcanzó; después lo llevó hasta con su jefe y el jefe de Migración le dijo al trabajador de los Zetas: “¿por qué corres? ya sabes que tú no tienes que correr, no seas tonto, éste todavía no sabe porque es nuevo” –se refería al agente del INM que lo había seguido- y se llevó al agente y se fue platicando con él. Ellos, los jefes, son los que hacen a los nuevos a su modo, así que no importa que entren nuevos agentes porque los de arriba están con los secuestradores y también con las policías municipales, los estatales y hasta los federales, todos se han unido. Por eso a mi me dio miedo decir esto más abajo, porque sé que me pueden matar.

Los mismos de Chontalpa y los de Tenosique trabajan para un hondureño en Reynosa al que le apodan “el Black”. Él trabaja para una banda que se llama “los flacos”, que son bien bravos: no se juega con ellos porque son muy agresivos, ellos matan a cualquiera. De estos lugares, Chontalpa y Tenosique, se juntan entre ciento cincuenta y ciento noventa personas secuestradas. El Black manda camiones desde Reynosa para subir a esta gente secuestrada y trasladarla hasta la frontera. Los choferes y los vigilantes son de allá. Cada tres días o cada semana llegan los camiones y se llevan a la gente secuestrada.

Me han dicho que una vez en Reynosa les cobran seiscientos dólares para cruzarlos y los cruzan, pero en Houston también tienen casa y ahí los mantienen hasta que la familia paga todo el dinero del rescate.

Cristian Sánchez, salvadoreño, 37 años, soltero, sin hijos

Veníamos en el tren un grupo de treinta y cinco migrantes, treinta y dos hombres y tres mujeres. Cuando pasamos por Chontalpa detuvieron el tren varios hombres encapuchados, que estaban armados con machetes y pistolas. Después nos bajaron con amenazas y nos subieron a un camión de frutas color blanco, con rejas de madera. En el camino nos decían que íbamos a trabajar en un rancho. Viajamos dos días y medio hasta Tamaulipas. Vimos que en el camino nos paraba la policía y la Migración y los secuestradores les daban dinero.

Nos llevaron a una casa color amarilla. Adentro tiene tres cuartos y una cocina. Cuando llegamos nos separaron en un cuarto a los que iban a pagar los tres mil dólares que nos pedían para cruzarnos a los Estados Unidos, y en el otro cuarto a los que éramos balines, los que no servíamos.

Después llegó otro grupo, en el que venían nueve hombres y dos mujeres; nos separaron a los hombres de las mujeres, a los hombres los tenían amarrados, desnudos y siempre los tabaleaban. Ellos tienen dos tablas, una más grande que la otra; a la grande le llaman “chavela” y a la pequeña “chavelita”. Nos amenazaban todo el tiempo con sus armas y machetes, no nos daban comida.

A las mujeres nos mantenían haciendo la limpieza de la casa, también hacíamos la comida y lavábamos su ropa. A los que habían confirmado les preparábamos mejor comida, a los que no habían confirmado solamente recibían un tiempo al día, si bien les iba, solamente arroz, huevo o frijoles. Cuando querían nos tocaban y abusaban de nosotras, también nos amenazaban pasándonos el machete por los senos, nos decían que si no los obedecíamos nos los cortarían.

Estuvimos secuestrados un mes y medio, un día nos dijeron que nos iban a mandar a San Luís Potosí para que nos regresáramos, que nos querían ver cerca del río, nos advirtieron que el río es de ellos y que para cruzarlo tenemos que pagar una cuota.

Maria Gómez, hondureña, 23 años, soltera, sin hijos.  
Arturo Flores, guatemalteco, 22 años, unión libre, un hijo.  
Walter Torres, hondureño, 34 años, casado, tres hijos

#### 4

Yo soy originario de Santa Bárbara, Honduras. El domingo de la semana antepasada fui secuestrado en Tenosique, Tabasco, junto con otros ciento cincuenta migrantes. Al estar nosotros en la vía del tren, se acercaron varios guías hondureños y nos dijeron que nos podían llevar hasta la frontera, que si teníamos familia, que ellos nos prestarían un teléfono para que les habláramos, pero que si nuestra familia no quería que nos fuéramos con ellos, que no había problema, que nos podíamos ir, sin ningún compromiso. Se portaron amables, así que nosotros confiamos en ellos. Nos llevaron de Tenosique hasta Palenque en tren, luego nos llevaron en una camioneta blanca grande, hasta Coatzacoalcos, sin ninguna violencia.

Al llegar a Coatzacoalcos los guías nos entregaron a otros. Estuvimos en una casa pequeña con cercado de lámina, que tenía una lona en el techo; adentro había una televisión. Nos pidieron el teléfono de nuestros familiares, yo tuve mucho miedo, porque mucho nos insultaban. Nos decían que sino dábamos los números nos matarían, y les di el numero de mi primo, en Estados Unidos. Le pidieron tres mil quinientos dólares por dejarme libre y mi primo me ayudó.

Solamente estuve cuatro días, en los que comía solo una vez al día un pan; al cuarto día, cuando mi primo había depositado el dinero, me dejaron libre junto con otras nueve personas, solamente nos sacaron de la casa y corrimos a las vías.

Alfredo Gamez, hondureño, 18 años, soltero, sin hijos

#### 5

A mi me secuestraron en enero del 2008. Yo estaba en la Casa del Migrante de Reynosa y después me fui para el Río, para intentar cruzar. Ahí dos muchachos mexicanos me dijeron que me cruzaban por cien dólares. Yo les dije que no, porque no andaba dinero. Entonces, me agarraron a la fuerza, me golpearon, me metieron a una troka y me llevaron hasta una casa. Ahí todo el tiempo se la pasaban maltratando a las mujeres, o sea violándolas, y golpeándonos a todos, hombres y mujeres, con una gran tabla muy gruesa. Había gente de todos lados: de Brasil, Perú, Honduras, El Salvador, Nicaragua y Guatemala.

Había uno que se miraba que era el jefe, pero él era mandado por cuatro muchachos que llegaban con grandes trokas, buenos teléfonos, armados y con guardaespaldas. Siempre que ellos se aparecían por ahí nos golpeaban sólo por golpearnos. Ellos usan una tabla muy ancha que tiene pintada la bandera de México y que dice “Recuérdame”, para que nosotros nunca nos olvidemos de lo que aquí hemos vivido. Claro que no nos vamos a olvidar, porque ahí se ven cosas que uno nunca espera vivir, como cuando un muchacho se intentó escapar, y entonces lo agarraron, lo metieron a un barril durante una semana y después lo fueron a botar con todo y barril, quien sabe para dónde, porque ya no lo volví a ver.

Yo estuve en esa casa cuatro meses, viendo pasar a muchísima gente, como cien habíamos siempre en promedio. Los que pagaban podían ver tele y comer dos tiempos; los que no teníamos números, sólo comíamos una vez al día y no diario, sino cuando los secuestradores querían. Me soltaron de repente, sólo me dijeron que ya me iba y me llevaron hasta el Río. Yo estoy dispuesto a decirle a las autoridades dónde está la casa, porque bien me acuerdo, y porque tengo hermanas y no es justo que a las mujeres les hagan lo que les hacían en ese lugar.

Cristian García, 20 años, salvadoreño, soltero, sin hijos

En el mes de enero salí de mi país y me dirigía a los Estados Unidos, llegué hasta Orizaba Veracruz, no tenía dinero ni comida. Estaba en una plaza caminando y pedí un taco; entonces llegaron dos camionetas lujosas, cerradas, sin placas, vidrios polarizados, una era gris y la otra negra, además de un carro blanco. Me amenazaron unos hombres con sus cuernos de chivo para que me subiera a la camioneta gris. Desde que me subieron me golpearon, me decían que si era guía, me preguntaban que para quién trabajaba. Me sentaron en la parte de atrás de la camioneta, en medio de dos hombres, ellos me golpearon, me daban cachetadas, me pegaron en el estómago y me reventaron la cabeza con su cuerno de chivo. Después, querían los números de teléfono de mi familia. Yo les dije que no tenía familia que me ayudara; yo nunca les di los números, pero ellos aseguraban que yo trabajaba para algún coyote, que no les daba cuenta a ellos. En todo ese tiempo las camionetas andaban por Orizaba, fuimos a varios lugares, me cubrían con una bolsa de basura para que no viera a dónde llegábamos, después que subían a la camioneta me volvían a golpear, me dijeron que necesitaban seis mil dólares.

Estuve dos días en la camioneta, me mantenían amarrado y cubierto por la bolsa negra, todo el tiempo me golpeaban, me pateaban. Después me llevaron a una casa que estaba en construcción, no estaba pintada y no tenía techo. No sé cuanto tiempo me mantuvieron en esa casa, pero no me daban comida ni agua; cuando llovía o por las noches ponía un pequeño cazo, para tomar un poco de agua. Había un cuarto de ellos y ahí tenían estufa, refrigerador y televisión; ellos salían de su cuarto con su gran pollo y lo comían delante de mí.

Un día llegaron todos y me dieron una gran golpiza, yo solo veía mucha sangre, me desmayé y no supe lo que pasaba, ellos se fueron y solo quedó uno, que fue el que me sacó y me tiró unas calles más adelante, en un terreno baldío. Yo me quedé inconciente y desperté meses después en un hospital; me dijeron que había estado siete meses ahí, me preguntaron que si quería seguir a los Estados Unidos, yo les dije que sí y me dijeron que planeara bien las cosas.



Salí del hospital y llegué hasta Lechería, ahí conocí a dos muchachas hondureñas de catorce y quince años. Una era trigueña, de San Pedro Sula y la otra güera, de Comayagua; no recuerdo sus nombres, nadie las quería llevar al norte y me pidieron que las llevara conmigo y me conmovieron, pues tienen la edad de mi hija.

Llegamos en tren hasta el cruce que le llaman el Ahorcado, antes de Querétaro y paró el tren justo frente a una cementera Apasco. Enfrente de la cementera del lado izquierdo está solo una casa; yo me sentía mal, así que ellas se bajaron del tren, fueron a la casa a pedir medicamento para mí, pero cuando regresaron me dijeron que, con amenazas, un hombre les había dicho que fuéramos a esa casa, y que habían visto muchas armas colgadas en las paredes. Un poco después llegaron unas grandes camionetas Chevrolet color negro y se bajaron unos doce hombres, vestían de negro, estaban encapuchados y andaban cuernos de chivo. Cuatro de ellos subieron al tren y nos dijeron que nos bajáramos, ya que estábamos abajo nos preguntaron por los números de teléfono de nuestra familia, yo les dije que no andaba, nos registraron y a las güirras les encontraron los números, dijeron que ya habían valido, entonces nos subieron a las camionetas hasta la casa, que no tiene luz y tiene rejas de fierro con vidrio, es color ladrillo y es lujosa.

A mí me mantenían amenazado con el cuerno de chivo y me golpearon en la cabeza mientras violaban a las hondureñas. Se las repartieron: seis violaron a una y los otros seis a la otra. Me dijeron que tenía diez segundos para irme, me fui corriendo, solamente escuchaba que me gritaban que no las dejara, me decían: “flaco llévanos contigo, ayúdanos”; yo no podía hacer nada; en ese momento salía el tren y corriendo lo agarré, avanzó un poco el tren y escuché muchos disparos, yo creo que las mataron. Llegué hasta Querétaro y busqué el batallón del ejército, yo quería denunciarlos, pero no lo encontré.

Así con mucha tristeza decidí seguir. En San Luís Potosí llamé a mi casa en Honduras y me dieron la noticia de que mi esposa había muerto de cáncer en la matriz; yo no sabía qué hacer y me sentía tan mal que había decidido aventarme al tren para

terminar con todo, pero me puse a pensar y no lo pude hacer por mis hijos. La más pequeña tiene un año, decidí seguir por ellos, por mis cinco hijos.

Enrique Rodríguez, hondureño, 27 años, viudo, 5 hijos

## 7

El veintinueve de junio, como a las once y media de la mañana, estaba en la estación de autobuses de Reynosa, cuando se me acercó un chavo que dentro de su ropa traía una pistola. Empezó a caminar junto a mí y me puso la pistola en las costillas, mientras me decía que caminara con él y que me subiera a la camioneta negra que ahí estaba. Yo le hacía un poco señas a los guardias de la central para que hicieran algo, pero fingieron que no me veían. Me subí a la camioneta y ahí había ya dos hondureños. Los secuestradores me dijeron que no me preocupara, que sólo tenía que dar el número de mi familia. Al poco rato llegaron también a la camioneta dos guatemaltecos.

Llegamos a una casa de una colonia residencial que tiene un portón negro muy grande, que se abre con control remoto. Afuera había dos chavos que parecían policías, porque estaban cuidando el lugar. Adentro, me encontré con que había como unos ochenta y cinco migrantes más secuestrados, todos centroamericanos, menos dos, que eran chinos, y todos en la misma sala, excepto los pequeños que tenían entre cinco y doce años, porque a ellos se los quitaban a sus mamás y los tenían en un cuarto aparte. Una de las secuestradas, que era ya una señora de edad, nos dijo que habíamos llegado al infierno, que mejor nos hubieramos corrido cuando nos agarraron. Después, nos pasaron a un cuarto de castigo, que está ahí, dentro de la misma casa; nos pidieron los números de teléfono y nos golpearon. A la semana, ya todos los días era de agredirlo a uno, pero yo siempre les decía que no tenía números ni ninguna ayuda en Estados Unidos, pero no me creían. A los quince días, el mismo que me agarró me dijo que colaborara, porque sino me iban a arrancar un dedo y luego otro hasta que hablara. Yo vi que esto podía ser cierto, porque había un chamaco hondureño que no tenía dedo, y además, el cuarto de las torturas estaba lleno de sangre, y las golpizas eran tan fuertes que a todos nos sacaban

arrastrando. Yo les explicaba que no tengo familia, pero entonces, sólo se dedicaban a darme de bofetadas. En todo este tiempo sólo nos daban de comer una vez al día una bolsita de arroz con frijoles, y un galoncito de agua que teníamos que compartir entre diez personas.

A los veintidós días, siendo como las dos de la mañana, entraron al cuarto donde nos tenían a todos y nos obligaron a ponernos hincados, viendo hacia la pared y con las manos sobre la cabeza. Entonces, sucedió algo que ya hacían frecuentemente con las mujeres. Tomaron a una niña que tiene catorce años, la pusieron en el centro y la comenzaron a desvestir. Ella gritaba y les decía que no, porque apenas era una niña, pero a ellos eso no les importó. Comenzaron a abusar de ella, pero nosotros no nos resistimos, nos paramos y nos fuimos encima de ellos, que sólo eran tres. Logramos quitarle a uno su pistola, pero en eso, otro de ellos llamó a sus compañeros y llegaron rápido como nueve más, y a todos nos golpearon horriblemente. A uno de mis compañeros le hundieron la frente con la cacheta de la pistola y a mi me dieron de patadas en las costillas hasta que vomité sangre; me amarraron a una zoga y me tablearon en todas las piernas. No podía ni moverme ni sentarme; hasta ahora no puedo terminar de sanar. A partir de ese día se comenzaron a portar peor con nosotros, y todos los días nos aventaban agua y orines, además de que nos daban de patadas. Para mi cumpleaños me pegaron otra golpiza. Yo pensé que ya me había llegado el día, porque todo se me había vuelto muy oscuro, yo ya no veía salida. Lo único que hacía era pedirle a Dios que le hablara el corazón a los chavos, o sea, a los secuestradores.

El sábado primero de agosto, como a la una y media de la tarde, llegaron un montón de carros y camiones. Se oyeron disparos, y fue cuando dijimos que tal vez se estaban peleando con la gente de su misma banda, cuando de repente, escuchamos que rompieron el portón y nos dijeron que nadie se moviera. Eran los del ejército, pero en ese momento, con el miedo de no saber qué pasaba, varios nos corrimos hasta el centro de Reynosa; conmigo venían otros seis más, entre ellos una mujer embarazada. Llegamos a una Iglesia y ahí nos ayudaron; la chava se quedó internada por los golpes que llevaba en su estómago y a mi me dieron para mi pasaje para regresar a Monterrey.

8

El doce de julio, cuando venía en el tren de Orizaba con otros diecisiete compañeros centroamericanos, nos secuestraron. Llegaron ocho hombres al tren y nos bajaron, nos golpearon, a mí me pegaron en la cabeza con un arma y también en el pecho; muy cerca estaban seis agentes de la Policía Federal, en sus patrullas, que no hicieron nada; más bien los secuestradores dijeron que viéramos como “esos eran sus gatos”, nosotros gritábamos y les pedíamos que nos ayudaran, pero ellos no hacían nada. Después, nos subieron a un camión chico color blanco, de ahí nos llevaron como a cuarenta minutos a una casa en un lugar despoblado, en el camino siempre nos golpeaban, gritaban groserías y nos insultaban.

La casa a la que nos llevaron estaba muy apartada, era de tablas, no había baños, tenía un pozo de agua y desde que llegamos había un olor muy malo, como de animal muerto. Dentro de la casa por todas partes había sangre y muchos moscos; habíamos aproximadamente treinta personas secuestradas, seis eran mujeres, y ellas sufrieron mucho, porque desde que llegamos las violaron todos los secuestradores y cuando querían las violaban, siempre delante de todos nosotros.

Había migrantes que tenían varios días y hasta semanas ahí dentro. Unos no tenían dedos ni de las manos ni de los pies y a algunos les faltaban las manos o los brazos. Los secuestradores se los habían cortado, porque su familia no respondía o no podía pagar. Puedo decir que ellos no respetaban ni la edad, porque había como cinco niños de quince años y a ellos también les habían cortado los dedos de las manos; los pobres se quejaban todo el tiempo, por la noche lloraban mucho pues tenían temperatura y se desangraban poco a poco. Aunque no nos podíamos acercar a ellos, porque nos golpeaban los secuestradores, yo ayudé a uno de los niños; él se llama Eduardo y es hondureño, yo pienso que ahora él ya está muerto, porque tenía como quince días secuestrado y estaba

bien flaquito; a él le cortaron tres dedos, dos de la mano derecha y uno de la izquierda. Yo le daba mi pan cuando no me veían los secuestradores, porque todos los días llegaban con un pan para cada migrante y agua; siempre nos aventaban el pan y nos gritaban e insultaban.

Estuve tres días secuestrado, por las noches nos daba mucho miedo, pues se oían lamentos, yo pienso que de tanta gente que han matado y por el día ellos pasaban molestándonos con los teléfonos, golpeándonos por puro gusto; yo no di los teléfonos de mi familia porque se que ellos no cuentan con dinero y no tengo a nadie en Estados Unidos que me pueda ayudar, por eso cada día nos mandaban llamar y nos pedían los números telefónicos.

Justo al tercer día por la noche vimos cuando salieron los dos que nos cuidaban y yo les dije que nos escapáramos. En un principio no querían pero luego vieron que yo quité el candado de la puerta y salimos corriendo. Éramos solamente cinco, los demás aunque querían salir de ahí no tenían fuerzas y otros a los que les habían cortado los dedos, tampoco podían escaparse.

Cuando escucharon los secuestradores que salimos, salieron tras nosotros y nos dispararon. A uno de los compañeros, él era salvadoreño, le dispararon en la espalda. Nosotros fuimos a ayudarlo pero solamente nos dijo que lo dejáramos porque él ya no podía seguir y al poco tiempo se desvaneció y murió. Nosotros seguimos corriendo y los secuestradores nos seguían y disparaban, hasta que los perdimos y ya por la madrugada encontramos una carretera. Ahí nos dio jalón un camión, nos llevó hasta un pueblito, llegamos a una iglesia y la gente siempre nos veía con asco, pues olíamos mal; de todas maneras nos dieron ropa y comida. Para mi estuvo muy bien, porque yo tenía toda mi ropa llena de sangre de Eduardo.

Daniel González, hondureño, 20 años, unión libre, 1 hija

El veinte de enero de este año 2009, veníamos de la estación del tren en Tenosique, Tabasco, cuando unos hombres se acercaron para ofrecernos pasar a los Estados Unidos. Ahí estábamos platicando, pero después ellos empezaron a ser violentos, nos amenazaron con sus pistolas nueve milímetros y sus cuernos de chivo y nos subieron a la fuerza a una combi negra.

Pasamos como dos días y medio viajando. No pude ver nada porque en todo el camino nos tuvieron agachados, y si nos levantábamos, nos golpeaban con mucha fuerza. Después, nos enteramos que estábamos en Reynosa, Tamaulipas. Cuando llegamos a la casa de seguridad en donde nos iban a tener, tampoco pude distinguir nada porque entramos directo a una cochera y de ahí nos sacaron corriendo para un cuarto en el que estaban ya metidas más de doscientas personas.

Estuve ahí encerrado dos meses. Los secuestradores nos golpeaban mucho, nos amenazaban y no nos daban de comer más que dos cucharas de huevo con frijol al día. Yo vi muchas cosas horribles; incluso, que les disparaban a los mismos migrantes que no daban sus números de teléfono. Ahí en la casa estaban unas muchachas migrantes que trabajaban con los secuestradores, haciendo comida y llamando a las familias de los que nos manteníamos secuestrados. Había una mujer que era del mismo lugar que yo, y que me dijo que ella estaba ahí porque la habían secuestrado y ya no había podido salir de ahí.

Mi familia no pudo juntar el dinero que le pedían, entonces los secuestradores como que se cansaron de mi y me sacaron junto con otras treinta y cuatro personas que estaban lastimadas. Nos llevaron en cuatro camionetas y después de un tiempo de estar andando, nos soltaron en un lugar solitario.

José Ramírez, 22 años, hondureño, soltero, 1 hija

En el mes de septiembre me encontraba junto con otros ocho compañeros, dos nicaragüenses y seis hondureños, en la estación de tren de Coatzacoalcos, cuando se nos acercó una mujer gorda y chaparra, que le apodan “la madre”, que iba con su nuera, que es delgada. Ellas empezaron a platicar con nosotros, nos dijeron que tenían una casa donde nos podíamos bañar, comer y descansar. Nosotros pensamos que era una religiosa y aceptamos; comimos y descansamos. Entonces ella nos comentó que conocía a unas personas que nos podían cruzar por dos mil quinientos dólares a Houston. Nosotros aceptamos la propuesta. Nos pudimos dar cuenta de que también los hijos de “la madre” trabajan engancho migrantes.

Afuera de la casa hay un barandal de zinc, y siempre hay también una patrulla de la Policía Estatal, es por eso que nosotros confiamos en ella. Estuvimos cerca de tres horas ahí, tiempo en el cual pudimos ver a unos engancho que trabajan en Chontalpa. Ellos también conocen a “la madre” y juntan migrantes. A los migrantes que reunieron y a nosotros nos llevaron a otra casa que está en otro pueblo, cruzando un puente y el brazo del mar. Esa casa es pequeña, sólo tiene dos cuartos, un baño y un patio grande; cerca hay mas casas. En este lugar estuvimos dos días. No podíamos salir de la casa; en ese tiempo llegaron más migrantes. Nos preguntaban que si teníamos familia en Estados Unidos, y nos trataban bien, nos daban de comer, cigarros y refrescos.

Llegaron por nosotros al tercer día dos camionetas Ford Expedition, nos subieron y en cada una íbamos aproximadamente cuarenta migrantes. Además iban tres carros, una Expedition negra adelante, como ellos dicen, “bandereando”; luego las dos camionetas y al final otros dos vehículos, una Dodge Ram y una Nissan. En el camino nos trataron bien, nos paramos dos veces y nos compraron pollo, refrescos y cigarros. En una ocasión nos detuvieron unos agentes de la Policía Federal, porque íbamos a gran velocidad. Entonces el chofer llamó a los que iban hasta adelante en la camioneta Expedition negra y ellos se regresaron y platicaron con los policías federales y vimos que les daban dinero; después de eso seguimos.

Llegamos a Reynosa a las dos de la mañana; cuando llegamos a la casa nos dijeron que nos quitáramos los zapatos y la camisa. En la casa había unos doscientos migrantes secuestrados, entre hombres y mujeres, y había dos niños como de cinco años. Separaban a los que tenían más tiempo en un cuarto, para que no hablaran con los que llegábamos nuevos y no nos dijeran que estábamos secuestrados. En cada cuarto había un vigilante.

Al otro día, nos pasaron a un cuarto a preguntarnos nuestros números de la familia y ahí podemos hacer la llamada. Pedían tres mil quinientos dólares. Yo hablé con mi esposa, que está en Estados Unidos, y ella hizo un envío de dos mil dólares; unos cinco días después, me obligaron a comunicarme con ella desde un teléfono que marcaba un número con clave de Huston, y le tuve que decir que yo ya estaba allá, para engañarla con el objetivo de que depositara el resto del dinero.

A mi no me golpearon porque mi esposa dijo que me ayudaría, pero a un muchacho lo golpearon bastante delante de todos porque no quería dar el teléfono, y a otro lo golpearon y luego lo metieron a una bolsa negra de basura y después a un closet, ahí estuvo unas ocho horas. Después de ver esto pues siempre daban el número de su familia. Los que tenían ahí más tiempo nos aconsejaban que no los hiciéramos enojar y que apuráramos a nuestra familia para que rápido nos cruzaran. Los secuestradores no nos dejaban hablar mucho ni en voz alta, no dejaban que nadie hiciera bulla, cuando esto pasaba siempre veíamos como les daban tablazos en los glúteos. Nos daban dos tiempos de comida, siempre arroz y frijoles. Tenían de cocineras a varias mujeres que su familia no había enviado el dinero. Si queríamos nos podíamos bañar, aunque sólo con agua fría. A esa casa cada semana llegaban entre sesenta y noventa migrantes secuestrados.

Los secuestradores tienen gente que les avisa por radio cuando se acerca el ejército, porque en una ocasión llegó el ejército y les decían cuántos eran, en cuántos vehículos andaban, y por dónde estaban; cuando se acercaban más, les decían para que se pudieran escapar. Los secuestradores se pusieron a rezarle a la Santa Muerte y el ejército no llegó hasta nosotros.



Un día nos llevaron al río y nos cruzaron, caminando hasta que llegamos a Mc Allen. Ahí nos dijeron los coyotes que tenían otra casa en ese lugar y que nos cobrarían dos mil dólares mas y que sólo así nos dejarían libres. Sin embargo, nos descubrió la migración de Estados Unidos, y nos deportó a nuestros países.

Mario Sánchez, nicaragüense, 27 años, casado, 3 hijos